

viajaba por Italia en 1765 y 66. „Clemente XIII, decia, es de un carácter que no deja lugar á la crítica mas severa; sus costumbres son siempre irreprehensibles, su piedad edificante, su dulzura jamás sujeta á alteracion. Yo mismo he admirado con la mas viva emocion su celo, su inquietud por las desgracias de la Iglesia y del estado, su vigilancia en todo lo que interesa á una y á otro, y sobre todo aquella egemplar moderacion con la que habla como padre de los que menos merecen su consideracion y afecto. Las amables maneras con que recibe á los extrangeros, demuestran la bondad de su corazon; y las distinciones que dá á los sábios, hacen honor á su espíritu.”

72. Durante su pontificado que duró cerca de once años, nunca cesó de extender sus benéficas miras á las ventajas temporales de su estado y á las espirituales de todos los fieles. La restauracion del puerto de Civitavecchia, la ampliacion del muelle de Ancona tan ventajosa al comercio, las fábricas de la dataría apostólica, los oportunos socorros á los infelices romanos durante la carestía de 1764, la reimpression del catecismo romano, la encíclica á todos los superiores eclesiásticos para la reforma de la disciplina, la beatificacion y canonizacion de algunos santos, la ampliacion del culto del sagrado corazon de Jesus decretada á instancias del Rey de Polonia y de otros muchos Príncipes, son otros tantos monumentos gloriosos de su pontificado. Sin embargo, ¿de dónde, se nos podrá decir, nacieron tantas disensiones entre Roma y las córtes mas ilustradas y católicas bajo el gobierno de un Papa como Clemente? Esta observacion

que tenemos por muy juiciosa, bastaria por sí sola á hacer formar una idea poco ventajosa de aquel Pontífice, á no saber que no fue él la verdadera causa de aquellos disturbios. Su ministerio, y especialmente el cardenal Torreggiani secretario de estado y que se habia atraído toda su confianza, fue el verdadero autor de las disposiciones que alarmaron á los Príncipes de la augusta casa de Borbon, y á las repúblicas de Génova y Venecia: así vemos que los mejores Soberanos suelen á las veces llorar el trastorno de sus estados y las guerras con el extrangero por los desaciertos de un ministro, hábil solamente en ganar su confianza y en arrastrarlos á todos sus caprichos. Se ha dicho (1) que Clemente XIII habia indicado para el 3 de Febrero un consistorio, en que debia anunciar á los cardenales su resolucion de complacer á los Príncipes en la causa de los jesuitas, queriendo atribuir á esto la repentina muerte que le sobrevino la noche antes. Solo diremos á esto que semejante resolucion hubiera sido una mudanza muy extraña en un Papa que tantos y tan ruidosos pasos habia dado en favor de la Compañía. Lo cierto es que no se dá ni existe en la realidad prueba alguna de semejante resolucion. Por lo demás, estamos muy distantes, como debe estarlo todo hombre sensato é imparcial, de dar crédito á sospechas infundadas y de suponer crímenes inverosímiles. Es innegable que para explicar la muerte de un Papa de setenta y seis años de edad, no se necesita recurrir á suposiciones arbitrarias y mucho menos á inculpaciones odiosas.

(1) *Cron. hist. de los Papas, tom. 1. p. 349. tercera edicion.*

73. Trece dias despues de la muerte de Clemente, concluidas ya las ceremonias fúnebres, se hizo la apertura del cónclave en la forma acostumbrada, entrando en él solemnemente todos los cardenales que se hallaban á la sazón en Roma. Mas antes de que se encerrase el sagrado colegio, los embajadores de España y Francia visitaron á todos los purpurados para suplicarles que difiriesen la eleccion de nuevo Pontífice hasta tanto que llegasen los cardenales de sus respectivas naciones. Sin embargo, fueron pocos los que se empeñaron en segundar las instancias de aquellos ministros. Creíase comunmente que el cardenal camarlengo, sobrino del último Papa, seria el principal regulador de las operaciones del cónclave; pero careciendo éste del talento necesario para semejantes negocios, cedió su lugar á los dos cardenales de la familia de Clemente XI. Vióse desde luego dividida la asamblea en dos partidos: uno queria elegir un Papa que conservase á los jesuitas, el otro mas decidido todavia opinaba por la abolicion de la sociedad, y queria en consecuencia un Papa de su opinion. Pusieronse á la cabeza del primer partido los dos cardenales sobredichos, y se empeñaron vivamente en que se eligiese desde luego el cardenal Chigi, á cuyo favor lograron reunir la mayor parte de los sufragios. Pero si la notoria piedad del candidato, su egemplar vida y su singular beneficencia le hubieran atraído al sentarse en la cátedra de San Pedro la veneracion de los fieles, su excesiva adhesion á los jesuitas y su corto talento, léjos de disminuir hubieran aumentado las angustias de la santa Sede. La prudencia, pues, desconcertó aquel

manejo, y dejó de hablarse de Chigi en los siguientes escrutinios.

74. En este intermedio presentóse al cónclave el embajador veneciano, acompañado de todos los obispos, prelados y nobles de su nacion que se hallaban en Roma, y recibido con todo el gran ceremonial y presentadas sus credenciales pronunció la siguiente alocucion: „Cual haya sido el sentimiento y dolor de la serenísima república de Venecia por la improvisa muerte del Sumo Pontífice Clemente XIII, fácilmente lo pueden todos conocer por las palabras de la carta que á nombre de S. A. tengo el honor de presentar al sagrado colegio. Constante mi pátria en los sentimientos de respeto y sumision á la santa Sede, dá un público testimonio de ellos mandando presentarme á vuestras Eminencias con todos mis compatriotas. Espera ahora de la notoria virtud de vuestras Eminencias que se reparará cuanto antes tan fatal pérdida dando un nuevo gefe á la Iglesia; y como entre tantos y tan ilustres personages que aquí veo reunidos para este objeto, no hay uno solo que aspire á otra cosa que á promover el mayor bien de nuestra Religion, me basta por tanto asegurar que tales son los votos de mis conciudadanos. Seguro asimismo de que todos los Príncipes católicos abundan en tales sentimientos, inútil es cualquiera oferta. No obstante, la serenísima república como devota y celosa hija me ordena ofrecerlo todo, como lo hago, siguiendo en esto los loables egemplos de nuestros antepasados. Nada podia serme mas grato, y me creo feliz viéndome destinado á manifestar á vuestras Eminencias que el senado de Venecia

no cede ni cederá jamás á ningun otro Soberano en aprovechar todas las ocasiones de comprobar su obsequio para con la santa Sede, y su ardiente celo por todo lo que pueda contribuir á la mayor exaltacion de la Religion católica."

75. El cardenal Albani, cabeza de los cardenales, obispos y de todo el sagrado colegio, contestó al embajador veneciano en estos términos: „Los oficios de respetuosa adhesion y las generosas ofertas que por vuestro medio presenta hoy la serenísima república de Venecia al sagrado colegio, dispiertan en él la memoria y el deseo de uno de los santos Pontífices que han ocupado la cátedra apostólica, cuyas heroicas virtudes contribuyen á aumentar la desolacion de nuestro espíritu viéndolo arrebatar por una muerte no menos cruel que inesperada. Es muy racional el dolor de la república á quien cupo la suerte de tenerle por hijo, y muy justo el nuestro que le tuvimos por padre. Pero confiamos todos que puesto en la presencia de Dios no se olvidará ni de los hijos ni de la madre, alcanzando para nosotros la luz del Espíritu Santo con que podamos elegir un digno jefe de la Iglesia, y á la república el espíritu de consejo para emular la egemplar adhesion á esta santa Sede, de que se glorian sus ilustres senadores. En la sinceridad de sus ofertas encuentra el sagrado colegio relevante motivo, no solo para consolarse de aquella gravísima pérdida, sino tambien para esperar la futura tranquilidad de la Iglesia. Le es asimismo un motivo de complacencia singular ver cumplidos estos oficios por una persona tan digna, de quien el sagrado colegio tiene formada la idea

mas ventajosa y á quien profesa la mas sincera estimacion."

76. Eran ya trascurridas tres semanas desde que entraron los cardenales en cónclave, cuando llegó á Roma de incógnito el gran duque de Toscana Leopoldo, llevando consigo solamente á sus dos primeros ministros los condes de Rosemberg y de Thurn. La llegada de este Príncipe obligó al sagrado colegio á tener varias congregaciones para determinar lo que debia hacerse en aquella circunstancia, porque habiendo dado al gran duque el titulo de A. R. que antes no tenia al participarle la noticia de la muerte del Papa, no habia recibido aun contestacion alguna. La mayor parte de los cardenales eran de parecer que no debia hacerse ninguna demostracion de honor hasta que hubiese contestado; pero algunos mas moderados opinaban que tratándose de un Soberano tan respetable por sus relaciones, debia olvidarse toda etiqueta. En esta fluctuacion de opiniones, hizo saber el gran duque al secretario del colegio que el único motivo de haber diferido la contestacion á dicha carta procedia, de que deseando corresponder á los cardenales con títulos que les fuesen tan gratos como le habian sido á él los que les dió el colegio, no se habia creído autorizado para dar este paso, siendo archiduque, sin el consentimiento de su augusta madre la Emperatriz. Oida semejante declaracion, y satisfechos plenamente los cardenales, se esmeraron en prestar al gran duque todos los cumplimientos, honores y regalos correspondientes á su alta gerarquía. Quince dias despues, el Emperador José II que habia salido de Viena el 24 de Febrero con

muy corto acompañamiento, entró en Roma sin ningun séquito, y como si fuese un correo de gabinete de Toscana fue en derecho á apearse al palacio en que residia el gran duque su hermano. Llegada la noticia al sagrado colegio, envió éste inmediatamente un cuerpo de guardia de todas armas á la orden del César y una numerosa comitiva de los primeros nobles romanos para que cumplimentase al Emperador. Mas la guardia fue despedida, y se dijo á los nobles que queriendo S. M. gozar entera libertad bajo del mas riguroso incógnito, suplicaba al sagrado colegio que omitiese aquellas solemnes formalidades. En efecto, los dos augustos viajeros se presentaban en público y recorrían los célebres monumentos de la capital del mundo cristiano como simples particulares, aunque el pueblo, respetando en José II al descendiente de los antiguos Césares, corría en tropel á su encuentro, acompañándole á todas partes con sus aclamaciones. El dia que visitaron la gran iglesia de San Pedro y el palacio del Vaticano, manifestando los Principes sus deseos de entrar en el cónclave, determinaron los cardenales franquearles la puerta por no hallarse este caso prevenido en la bula de ordenanzas. Notáronse en aquel hecho algunas circunstancias particulares: al acercarse el Emperador á la puerta, quiso dejar la espada que llevaba ceñida; mas el cardenal Albani le obligó á retenerla, diciéndole que aquella espada era el principal apoyo de la santa Sede y de la eleccion del primer Pastor de los fieles: entraron solos los Principes, quedándose á la parte de afuera las personas de su séquito: el Emperador hizo demostraciones muy particulares y

señaladas á los cardenales Albani, Bernis y Yorck, á quienes dijo al despedirse que auguraba á cada uno de ellos lo que mas deseaba. *77.* Mientras que José II y su augusto hermano Leopoldo continuaban visitando los monumentos de Roma, llegaban cada dia nuevos electores al cónclave para reunirse á sus cólegas. Llegó entre otros el cardenal Molino, obispo de Brescia, cuya entrada fue muy distinta de la de los demás purpurados por las circunstancias que acompañaban á su persona. Era notorio á todos que si se hubiese detenido en Roma antes de entrar en el cónclave, ninguno de los embajadores extranjeros le hubiera cumplimentado. Por tanto, apeóse á alguna distancia de la ciudad, fue á entrar por la puerta mas inmediata al Vaticano, y solo, sin ningun tren ni acompañamiento se presentó en el cónclave.

*78.* Llegó poco despues á Roma el antiguo embajador de Portugal, comendador de Almada, y pasó inmediatamente á cumplimentar al sagrado colegio y á entregarle la carta de su Soberano. Nada de particular contenia aquel escrito fuera de las ordinarias significaciones de sentimiento por la muerte del Papa, y la expresion de los mas vivos deseos de que cuanto antes se le diese un sucesor que hiciese cesar las turbulencias y restableciese la union y buena armonia entre todos los fieles. En el mismo sentido se explicaron los cardenales en su contestacion al embajador, quien se retiró satisfecho despues de las acostumbradas ceremonias. *79.* Habiendo entrado ya en el cónclave los dos cardenales franceses Luines y Bernis, esperábanse

con ansia los españoles para emprender con mas seriedad los negocios de la eleccion. El patriarca de las Indias La-Cerda y el arzobispo de Sevilla Solís, se habían visto precisados por el tiempo, despues de haber luchado algunos dias con el viento y la marea, á tornar al puerto de Alicante de donde habian salido. Informado de elló Carlos III manifestó gran descontento, y ordenó á los cardenales emprender inmediatamente el viage por tierra. No contento con esto, escribió el Rey Católico una carta al sagrado colegio en que refiriendo quanto habia ocurrido contra su intencion, insinuaba estar persuadido de que los electores esperarían la llegada de los españoles solamente retardada por las circunstancias imprevistas. En efecto, se cumplieron los votos de Carlos III: los cardenales, aunque se habian mostrado indiferentes á las súplicas de los embajadores español y francés, quisieron segundar los deseos de S. M. Católica y resolvieron unánimemente esperar la llegada de sus cólegas de España, los que viajaron tan aceleradamente, que cuando se les suponía aun fuera de Italia, los vieron entrar en Roma y presentarse al cónclave.

80. Comenzó entonces el sagrado colegio, compuesto de cuarenta y seis vocales, á tratar seriamente de la eleccion. Sobradas veces se ha visto dominar en aquella augusta asamblea el imperio de las pasiones; pero la mano invisible de la providencia que sostiene la cátedra de San Pedro, las ha hecho siempre servir á colocar en ella á quien habia destinado en sus eternos consejos. Apenas se encontrará en la historia de los cónclaves otro que reuniese tan gran fondo de cristiano interés

como este, ni mayor necesidad de talentos para manejar los ánimos, ni menos probabilidad ó mayor incertidumbre del suceso. Presentábanse muchos candidatos, de los cuales ninguno podia reunir suficiente número de sufragios para subir á la santa Sede. Despues de muchísimos escrutinios, transacciones y conferencias inútiles, resonó inesperadamente el nombre de Ganganelli, y al oírle cedieron todas las oposiciones. El hábil cardenal Bernis tuvo la gloria de conciliar todos los partidos; y el 19 de Mayo de este año 1769, quedó elegido con todos los votos el cardenal Ganganelli. Preguntado el nuevo Pontífice si aceptaba la eleccion, respondió francamente: *el pontificado ni se pide ni se rehusa*. A la pregunta de si se habia de despachar un correo á sus parientes para noticiarles su exaltacion, dijo: *no, mis parientes están acostumbrados á recibir las noticias sin que les lleguen por correos expresos*. A la otra de si queria llamar alguno de ellos á Roma, respondió: *no, haré bien á cada uno segun su estado*. Dijéronle entonces qué era lo que deseaba, á que contestó con aquellas palabras tan propias del Padre comun: *la páz ante todas cosas*; añadiendo despues que debían todos unidos suplicar á Dios que se dignase hacer propicios á la Iglesia á los Príncipes católicos, de quienes en lo humano pendia el sostén y engrandecimiento de la misma. En el acto de recibir por la primera vez á los cardenales despues de haber tomado el nombre de Clemente XIV y los hábitos de Pontífice, se mostró tan afable con todos, tan atento á la menor circunstancia y con tal presencia de espíritu, que mas bien que un Papa recién

elegido parecía un Príncipe acostumbrado desde su cuna á todas las funciones de la soberanía y del pontificado. Tales fueron las prendas que dió á conocer Clemente XIV desde el momento de su elección; con las que anunció que su pontificado sería el de la paz, de la prudencia y de la sabiduría, como en efecto lo fue según veremos en el libro siguiente.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS EN EL LIBRO NONAGÉSIMO-CUARTO,

Y NONO DE LA CONTINUACION.

- N.º 1. *Vida y méritos del cardenal Ganganelli antes de su promoción al pontificado.*
2. *Sus primeras operaciones como Papa.*
3. *Su método de tratar los negocios.*
4. *Obtiene de la república de Venecia la gracia para el cardenal Molino.*
5. *Su entrada solemne en la ciudad.*
6. *Carta del Rey de España al nuevo Pontífice.*
7. *Encíclica del Papa á todos los obispos de la cristiandad.*
8. *El cardenal Saldaña la comunica á sus diocesanos.*
9. *Nuncio apostólico en Portugal.*
10. *Promoción al cardenalato de un hermano de Carvalho.*
11. *Modo con que es recibido en Portugal el nuncio apostólico.*
12. *El Papa da cuenta á los cardenales de los honores hechos á su nuncio en Portugal.*
13. *Solemne apertura del tribunal de la nunciatura en Lisboa y revocación de los anteriores decretos.*
14. *Solemidades en Roma por estos acontecimientos.*
15. *Una hija de Luis XV abraza el estado religioso.*
16. *Su vida en el monasterio.*
17. *Memoria del clero contra los libros impíos.*
18. *Su Advertencia á los fieles sobre el peligro de la incredulidad.*
19. *Requisitorio del fiscal al parlamento sobre el mismo asunto.*
20. *Declaracion del Rey en favor de los eclesiásticos.*